

El profesor Aparicio, dándose cuenta de la dureza de su crítica, insiste en la ausencia de "malicia", y no hay que dudar de su sinceridad. Con igual sinceridad nos permitimos sugerir que algunos de sus juicios resultan tan perjudiciales, que no pueden pasar sin discutirse brevemente. Tal el aserto de que la autora no ha sabido discriminar entre lo fidedigno y lo que, según él, "está fuera de la literatura y fuera de la ciencia." Sin responder por todas las inferencias de la señorita Nichols, cabe sugerir que obras literarias sin valor estético pueden contener datos valiosos de índole histórica, social y antropológica. La misma autora declara que hay mucho de hojarasca entre los títulos incluidos en su bibliografía; ha optado por no excluirlos, no sólo por los datos que contienen sino porque su misma profusión y popularidad vierten mucha luz sobre el gusto del público y la importancia del "mester de gauchería" en la formación espiritual del rioplatense. Nos parece raro que un antropólogo, estudiante de fenómenos culturales, no haya tenido más en cuenta, además de la apreciación estética, el valor del análisis cuantitativo; sobre todo, cuando él mismo quiere subrayar "lo que tiene todo argentino de gaucho".

Nos hemos entregado a estos reparos, por no querer que una crítica demasiado severa perjudique la divulgación de una edición tan indispensable para el investigador de las letras gauchescas. Puede que *El gaucho* de la señorita Nichols no engendre todo el calor psíquico que quisiera el lector rioplatense; también es posible que contenga algún juicio errado. Pero en cuanto a estudios objetivos, metódicos y bien ordenados, representó al publicarse por vez primera un enorme adelanto sobre las investigaciones anteriores. La nueva edición argentina, con su bibliografía aumentada y las muy acertadas innovaciones del profesor Aparicio, tiene que considerarse como algo más que una simple traducción.

MARSHALL R. NASON,
Universidad de Nuevo México,
Albuquerque, N. M.

RALPH E. WARNER, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX.*—Robredo. México, 1953. 130 pp.

La novela mexicana ha adquirido ya un valor positivo como tema de estudio en las universidades norteamericanas. A su divulgación han

contribuido obras importantes, entre las cuales citamos las bibliografías de Juan B. Iguíniz y de Ernest Mooré, y estudios críticos como los de J. R. Spell, J. L. Read, C. González Peña, J. Jiménez Rueda, Mariano Azuela, J. L. Martínez, A. Castro Leal, Francisco Monterde, Agustín Yáñez y Abreu Gómez.

A estas obras hay que agregar ahora la monografía de Ralph Warner *Historia de la Novela Mexicana en el siglo XIX*.

El señor Warner aclara en la Introducción de su libro su sistema de trabajo. Con una modestia que enaltece a su autor limita sus aspiraciones diciendo: "En cambio, vale la pena hacer el resumen del tema (historia de la novela) y sus progresos hasta la fecha." Pone como límite de su estudio el año de 1900 y al confesar que su *Historia* se basa en las investigaciones de eruditos anteriores a él, agrega que no sólo ha querido hacer un resumen de estas investigaciones sino que ha tratado de leer todas las novelas posibles del período. "Desde luego no las he leído todas." No se puede exigir más a un autor en materia de honradez y modestia.

Por lo anterior puede verse que esta *Historia* es un tratado elemental, claro y exacto. Elemental en el sentido de que el señor Warner no se enreda en discusiones ajenas a su tema ni en definiciones personales de esto y de aquello; claro por cuanto es una presentación didáctica del asunto dirigida a estudiantes universitarios norteamericanos; exacto porque el autor habla sólo de aquello que conoce bien, de aquello que él ha leído. Hay que hacer resaltar la presentación sistemática y correcta, para comprender mejor la tendencia del señor Warner a lo que podríamos calificar de énfasis bibliográfico.

No quiero decir, sin embargo, que este estudio carezca de originalidad. Al contrario, aquí y allí encuentra el lector juicios originales que pueden dar la clave definidora de una tendencia o situar a un autor en su debido marco. El estilo del libro tiene esa amenidad de las disquisiciones orales que han pasado sin desvirtuarse a la forma escrita.

ARTURO TORRES-RIOSECO.